

Requiem por la música costeña*

ALVARO RUIZ HERNANDEZ

Es como si un maldito virus hubiera ido atacando poco a poco, lenta, pero demoledoramente a todos y cada uno de los miembros de una gran familia musical: los ritmos costeños.

Paulatinamente se fueron muriendo el padre, la madre, el hermano mayor, la otra hermana y hasta los tíos, quedando sólo por ahí unos dos o tres "primos" que gritan Ay hombre, en una exclamación que, más que expresión de euforia, debía tomarse como un lamento desgarrador ante la irreparable pérdida, o tal vez por el dolor de ver que otros primos ya se murieron también.

El porro, la cumbia, el fandango, el mapalé, las cabezas visibles y siempre representativas de nuestra música, son hoy ilustres muertos y, como sucede hasta con las personas, no por queridos que hayan sido se dejan de olvidar, porque yacen en sus mausoleos de pastas negras, sin que sus familiares les visiten siquiera, les deparen un recuerdo y menos aún, les lleven flores.

Todavía algo más triste: las memoranzas y las ofrendas las hacen los foráneos que los mataron, y no por cariño precisamente, sino porque con ese recuerdo y esas ofrendas ellos cimentan en sus posiciones actuales.

Pero dejemos ya de estar empleando metáforas cursis y digamos las cosas claramente:

Nuestra música siempre padeció (como siempre hemos padecido en muchísimos otros aspectos) de un complejo extranjerista de marca mayor.

Epoca hubo en que los Corrales de Majagual producían en cantidad y calidad alarmantes y sus ventas no registraban esos altos índices porque los venezolanos tomaban esa producción, la ponían en el mercado a su manera y, ante el asombro general, los costeños no comprábamos el disco criollo, sino que preferíamos pegar más por el que nos traían de Venezuela.

Y no sólo los Corraleros, que fue un ejemplo al azar, el primero que se nos vino, sino Pacho Galán, Clímaco Sarmiento, Pedro Laza, Ruffo Garrido y muchos otros.

Pacho produjo y grabó su "Brazaletes" hace hijuemil años y no pasó nada. Sólo cuando Billo le puso letra le cambió el título porque por "La Butifarra de Pacho", fue cuando empezaron a moverse las registradoras de los almacenes de discos.

Idéntico caso ocurrió con "Librada", un tema de Raúl Saladén grabado también por la orquesta de Pacho en el 60, que pasó sin pena ni gloria, convirtiéndose en éxito muchos años después cuando Billo —siempre Billo— igual le cambió el título y con el rótulo de "La Casa de Fernando" y una letra hasta rara, le activó sus mercados, obviamente sin beneficio económico ni artístico para nuestra música que ya acusaba los efectos del virus maldito.

Lo más triste es que la misma orquesta de Pacho Galán regrabó con posterioridad esos temas y con la mayor resignación del mundo les tituló como lo habían titulado los venezolanos y les cantó con las letras que ellos le habían adaptado.

¿Otro caso?

Una orquesta sucreña, de esas que sin mucha imaginación no dejaban de llamarse invariablemente Orquesta Sincelejo o Ritmos de Sabana, grabó en el 59 un porro titulado "El Barrilete sin Cola" y nadie lo compraba.

Quince años más tarde Billo —siempre Billo— lo grabó con el título de "La Negrita de Cheo", y entonces sí hubo aglomeraciones en las discotiempos para adquirir la pasta.

Hay otros casos, pero no se mencionan porque ya no harían más que confirmar lo que no necesita mayor confirmación, pero sí es conveniente añadir que el nocivo ejemplo cundió por nuestros lares y llegó el momento en que hasta los músicos del patio empleaban el sistema; no obstante, tampoco queremos profundizar en detalles porque en fin de cuentas, acá el asunto quedaba en familia.

Para nadie debe ser un secreto que nuestra música fue materia prima de agrupaciones extranjeras que aquí han venido y nos han derrotado con nuestras propias armas, y creo que no podría censurarse abiertamente a nuestros creativos que, ante tal situación, entendieron que era mejor nego-

* Tomado del Diario del Caribe, Barranquilla, Agosto 14/84.

cio vender directamente sus trabajos a los extranjeros, antes que exponerlos a una manufactura criolla que inevitablemente tendría que llegar a los foráneos por lo ya explicado.

Y como el pelo no se cae de un solo, a menos que sobrevenga un tifus, el cancionero costeño fue viendo caer hebrita por hebrita sus abundantes raíces, y en un ciclo tormentoso de 20 años hemos quedado en una calvicie espantosa, sin temas, sin creativos, casi sin intérpretes, viéndonos y deseándonos para cumplir la cuota mínima de una programación tropical sin recurrir a los temas viejos de aquellos grandes maestros del pasado.

Por ahí anda una grabación de Freddy Kenton, pomposamente



Otto Serge y Rafael Ricardo

llamado el Rey del Merengue, en la cual viene "La Gordita", del maestro Leandro Díaz, y existe la anterior referencia de otra grabación de Kenton sobre el viejo tema de Julio Erazo con los Corraleros. "El Bailador".

La gente joven que oye esas vainas ahora, le pone más pedrería a la diadema de este Rey, uno más de los muchos soberanos.

Mientras tanto, la música que siempre nos identificó ante el mundo, se está muriendo, y esto como un dictamen todavía optimista, por no decir que ya está muerta y enterrada.

Hace apenas un par de años, el enfermo todavía alentaba y tenía sus momentos en que salía del prolongado coma cuando Juan Piña, Gabriel Romero, Joe Arroyo y Adolfo Echeverría le ponían una inyección de ritmo para que echara unas cuantas "boqueadas";

pero últimamente ha caído en una postración tal que aún a los especialistas más notables les hace mover la cabeza en desconsolador ademán.

El moribundo pegó sus más recientes "pataleos" por las intervenciones del Michi Sarmiento y del Nene con Juan Carlos, pero tampoco fue suficiente la dosis, y mientras ellos, a no dudarlo con la mejor voluntad del mundo se devanan los sesos buscando otros reactivos, la invasión de merengues dominicanos, algunos nutridos con la hemoglobina del enfermo, mantiene a sus intérpretes "gordos y llenos de vida".

Por allá por los finales de la década de los 50, nosotros animábamos programas de aficionados y

presentábamos como huesera a dos loquitos, a quienes por crueldad la gente llamaba Gardel. Y el público se reía de sus intervenciones antes de sacarlos de los radio-teatros cuando se volvían incorridios y querían seguir "cantando".

Bueno, por ahí anda ahora un tal Musiquito, a quien le encuentro un raro parecido con los loquitos aquellos, teniendo cualquiera de los dos Gardel de los 50 mejor tesitura; sin embargo, el hombre es ídolo aquí, porque en su patria andaba y anda llevao.

Todo esto da pesar, pero como es común que nos invada la tristeza, a lo mejor no la sentimos en toda su intensidad y nos deja indiferentes la pobreza de nuestro cancionero que, como cualquier disfrazado más, sólo se pinta el rostro con grotescos colores en la temporada de carnaval, para tomarse transitoria mejoría, tempo-

ral ludicez y salir con tres o cuatro plebedades que la gente recibe a falta de algo, ni siquiera mejor, sino simplemente de eso: de "algo".

Cualquiera dirá que el desastre no es total, porque por ahí no deja de sonar el fuelle y se escucha cualquier voz hemorroidal enviándole un saludo a un doctor que sólo conoce el cantante, y a veces ni éste.

Sí, cualquiera puede decir esto y a fe que tendrá mucha razón, porque en medio de todo, ese es el último eslabón, el que falta por romperse para que, lo que hace rato viene colgando, termine por caerse definitivamente.

Pero si se analiza también la situación de esa modalidad, lo que representa tema para otro trabajo, se podrá concluir en que a esos parientes también les está cayendo la carcoma porque últimamente, de los cuatro o cinco exponentes notables de la línea fuellera, únicamente dos, tal vez uno, está con signos de vitalidad plena.

Los otros están cayendo en los prolongados silencios precursorres de un mutismo total.

Y fíjese que también ellos, en su esquema, en su temática, en su producción, sea o no del agrado de cualquiera, que esto no interesa, también están recibiendo los mapolazos de las agrupaciones extranjeras.

¡Cierto!

Están apenas en aquella engañosa etapa en que se considera que el hecho de ver reproducidas sus obras por artistas foráneos "es algo grandioso porque indica que esos temas tienen corte internacional".

¡Un carajo!

Con ese mismo cuento clavaron al porro, a la cumbia, al paseaito y otros familiares que ya dejaron de existir y ojo ah, porque cuando cambien el "ay hombre" por el "ay bendito" y el "primo" por el "pana::, será hora de ir pidiendo cupo en un centro asistencial para ritmos atacados por el virus maldito, ese microbio extranjero para el que, al menos en los últimos años, ¡no ha habido tratamiento eficaz posible!